

LA REINA DE LA FIESTA

Cuento de Actualidad.

Luego, inclinó la cabeza á un lado, hacia la luz, que le dió de lleno en los ojos, volviéndose de oro. Y ya los entrecerraba para quedar sumida en la somnolencia precursora del sueño, cuando se destacó en la puerta una silueta varonil, la del médico, que avanzó hasta la cama.

—Lolita.—Señor Pérez. Ud. siempre al pie de la trinchera, dijo dirigiéndose al muchacho, que de pie, ofrecía el asiento al galeno.

Era éste joven, esbeto, de pulcro vestir y erguido continente. Se le veía seguro de sí



..... Extraño del estuche la rosa mirífica, que se incen dió un momento.....

—¿Cómo te sientes?
—Ya estoy muy bien; el médico dice que mañana podré levantarme.

Ernesto, sentado cerca del lecho virginal, había inclinado la cabeza, dejando divagar sus ojos en un pensamiento lejano.

En la cama, cubierto el cuerpo por blanca colcha, yacía Lola, la novia del muchacho, á quien había postrado una fiebre maligna.

Su carita pálida y enflaquecida, tenía una amarillez intensa bajo el deshilamiento del negro cabello, y sus ojos, hundidos en las cuencas, chispeaban en la obscuridad como si todavía se encendieran en ellos los fuegos fatuos de la calentura.

Con la cabeza hundida en la almohada, que mostraba un hueco denunciador del tiempo que la enferma estuviera en la cama, Lola envolvía á su novio en una larga y mansa mirada fraternal.

Ambos callaban.

Por la ventana del cuarto, abierta hacia el patio de la vecindad, entraba en lanzadas de oro un polvillo luminoso, mientras afuera, la gloria del sol aclaraba las paredes fronterizas, limpiándolas de pringue y haciendo brillar los barandales de los corredores llenos de macetas.

La dulzura matinal, enseñoreada de todas las cosas, llegaba hasta la pieza de la enferma, y desierta en aquel ambiente pesado no se sabe qué encanto milagroso.

Al cabo de unos instantes de mutismo, ella, irguiéndose lentamente, dejó caer en el silencio la quejumbra de su voz:

—¿Qué tienes, Ernesto? ¿Por qué estás así?

El muchacho, arrancado de su éxtasis interior, alzó los ojos, como sonámbulo, para fijarlos en las fosfóricas pupilas de la novia.

—Tengo... ¿Para qué decirlo?... Tengo, tú debes de saberlo, tú nada más, puesto que para tí son mi gloria, mi desaliento, mis derrotas y mis triunfos,—tengo un sueño y una ambición.... Cuando estés mejor, cuando salgamos, te explicaré esto detenidamente....

La enferma, asombrada ante aquella salida lírica, que conocía poco en Ernesto y que sólo recordaba haberle oído en los buenos tiempos en que se vieran por primera vez, no dijo nada; tan sólo volvió á envolver en su mirada fraternal al muchacho.

en su nidal de peñascos, donde una orglástica flora se enredaba, se adhería, formando breñales de corolas, trepando en una ascensión de cálices y de hojas, esmaltándolo todo con un chal joyante y multicolor.

La arenilla de las calzadas tenía chispeos vivísimos, como si alguien hubiera ido regando una polvareda de plata, y, á trechos, la sombra de los "ahuehetes," cargados de epopeyas, tendía tapices cribados de manchas luminosas.

Lola y Ernesto, avanzaban, solos, por la calzada del Lago. Ella, menos pálida ya, pero aún con faz enfermiza, apoyada en el brazo del novio, caminaba lentamente, como si no tocara la tierra. Se dejaba llevar, sintiendo que la inundaba la belleza del bosque, que la aniquilaba aquella inmensa explosión de vida.

Sus pulmones, débiles todavía, se ensanchaban con el aire de ráfagas embalsama-

ahogaban también las estelas de lirios de la espuma.

Lola y Ernesto abandonaron el puentecillo y tomaron por una pequeña calzada, para salir á otra más grande, donde, de trecho en trecho, unos asientos rústicos se ofrecían á los paseantes, al ecléctico amparo de los ahuehetes. En uno de ellos se sentaron. Estaban contentos; la alegría matinal hacía hervir sus juventudes y un gozo insólito penetraba por sus poros llenándolos del júbilo de vivir.

¿Para qué hablar? El cogió la mano de Lola, estrechándosela fuertemente, y luego, pasándole el brazo libre por la cintura, atrajo á la muchacha hacia sí, dándole un largo beso en la mejilla.

Por la entrada de la calzada, pasaban en un vértigo de velocidad los automóviles, ó despacio, con lentitud somnolenta, los coches aristocráticos, donde señoras ancianas iban distrayendo sus ocios. En las bancas lejanas, se destacaban los blancos manchones de los delantales de las cuidadoras de niños, que, rodeadas de estos, charlaban en interminable teje maneje.

De cuando en cuando, la figura de un guarda-bosque desfilaba, al trote de su caballería, con su casco luciente que pulsaba las llamaradas del sol. Nada veían los enamorados, presas de la emoción uniforme que los embargaba, adueñados por el amor soberano, víctimas de su magia y de sus hechizos.

Sin embargo, ella, curiosa, rompió el silencio:

—¿Te acuerdas que me prometiste explicarme ahora lo de aquel día?

—No recuerdo.

—Aquel sueño, aquella ambición... no sé qué cosas....

—¡Ah! ¡Sí! Te lo voy á decir. Una sociedad literaria ha organizado unos juegos florales, yo quise entrar y he enviado un poema. En él he puesto todas mis ansias; él cristaliza todas mis luchas, mis sufrimientos, mis fatigas; allí pasas tú, como una sombra divina, porque es para tí, porque lo hice para tenderlo á tus pies, porque deseo que el triunfo sea para quien ha sabido ser triste cuando yo lo estuve, y alegre cuando un pájaro gorjeador cantaba en mi corazón. Si obtengo el premio tú serás la reina de la fiesta, de mi fiesta, de aquella en que toquen diana mis anhelos y canten alocuya mis esperanzas.

La muchacha, sonreía, encantada por aquella música trivial pero vehemente, que le recordaba al Ernesto de las primicias de sus amores.

—¿Comprendes?... Será nombrada otra, pero tú, para mí, serás la única reina....

Lola ya no sonreía; se había estrechado más y más contra Ernesto que silencioso, parecía tener ante los ojos la visión de la fiesta maravillosa en que soñara.

De pronto un agudo silbido cruzó entre los árboles cabeceantes. Se llamaba á los trabajadores del bosque á comer; era hora de marcharse. Lola y Ernesto se levantaron, y empezaron á charlar de cosas amables.

—¿Quieres ir más aprisa?

—Sí; á ver si te alcanzo; corre un poquito, decía ella.

Ernesto se ponía á correr, y ella, débil aún, intentaba seguirlo; al hacerlo, se sentía desfallecer y entonces él se abalanzaba para recibirla en sus brazos, donde la muchacha caía, sudorosa y con las mejillas encendidas, pero soltando su risa, como la de un gárrulo manantial cristalino.

—Mira—qué "chapeada" estás! Así, así me gustas. Es la salud que vuelve.

Luego cuando, todavía comentando jovialmente las carreras, se acercaron á la verja de entrada, Ernesto, volviéndose hacia el parque uberrimo, murmuró con acento jubiloso y triunfal:

—¡Santa mañana, bendito sol, divino bosque!

Desde que llegó á la puerta de la oficina en que trabajaba, Ernesto comenzó á recibir felicitaciones. El conserje acompañó su saludo de una amable sonrisa y los mozos, encontrados al paso, lo llenaron de frases serviles.

Al penetrar á su departamento, el jefe y sus compañeros lo estrejaron entre sus brazos, colmándolo de lisonjas vulgares por el triunfo obtenido en la justa literaria y que se habían encargado de proclamar los periódicos todos de la capital, publicando retratos y biografías bajo llamativos títulos.

—Ernesto, ¿por qué no estarlo?—se mostraba orgulloso, pero amable á la vez, y acogía á todos con una amplia sonrisa de triunfador.

En el curso de la mañana sólo se habló del asunto, tomando parte en la charla cuantos iban por allí, para discutir qué reina debía nombrarse, cómo tenía que ir vestida, en qué consistía la ceremonia, etc., pues ellos se consideraban con derecho á la victoria del compañero y se sentían iluminados por una parte de su fama.

Después del medio día, á la hora de salida, se repitió la escena de la mañana; las empleadas unían sus halagüeños parabienes á los de los hombres, no cesando la algazara sino cuando los más íntimos arrastraron á Ernesto al próximo "bar."

Antes de lanzarse á la casa de huéspedes en que habitaba, Ernesto quiso ir á la de su novia, quien, de seguro, ya se habría enterado de su triunfo. Al poner los pies en la puerta, la madre de Lola lo recibió con cara afligida, y mientras penetraba, le fué

(Sigue en la página 1)